



Mié Evangelio del día

10

Ene

2018

Primera semana del Tiempo Ordinario - Año Par

Hoy celebramos: Beata Ana de los Ángeles Monteagudo (10 de Enero)

“Háblame Señor, que tu siervo escucha”

Primera lectura

Lectura del primer libro de Samuel (3,1-10.19-20):

En aquellos días, el niño Samuel oficiaba ante el Señor con Elí. La palabra del Señor era rara en aquel tiempo, y no abundaban las visiones. Un día Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos empezaban a apagarse, y no podía ver. Aún ardía la lámpara de Dios, y Samuel estaba acostado en el templo del Señor, donde estaba el arca de Dios.

El Señor llamó a Samuel, y él respondió: «Aquí estoy.»

Fue corriendo a donde estaba Elí y le dijo: «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.»

Respondió Elí: «No te he llamado; vuelve a acostarte.»

Samuel volvió a acostarse. Volvió a llamar el Señor a Samuel. Él se levantó y fue a donde estaba Elí y le dijo: «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.»

Respondió Elí: «No te he llamado, hijo mío; vuelve a acostarte.»

Aún no conocía Samuel al Señor, pues no le había sido revelada la palabra del Señor. Por tercera vez llamó el Señor a Samuel, y él se fue a donde estaba Elí y le dijo: «Aquí estoy; vengo porque me has llamado.»

Elí comprendió que era el Señor quien llamaba al muchacho, y dijo a Samuel: «Anda, acuéstate; y si te llama alguien, responde: "Habla, Señor, que tu siervo te escucha."»

Samuel fue y se acostó en su sitio. El Señor se presentó y le llamó como antes: «¡Samuel, Samuel!»

Él respondió: «Habla, que tu siervo te escucha.»

Samuel crecía, y el Señor estaba con él; ninguna de sus palabras dejó de cumplirse; y todo Israel, desde Dan hasta Berseba, supo que Samuel era profeta acreditado ante el Señor.

Salmo

Sal 39,2.5.7-8a.8b-9.10 R/. Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad

Yo esperaba con ansia al Señor;
él se inclinó y escuchó mi grito.
Dichoso el hombre que ha puesto
su confianza en el Señor,
y no acude a los ídólatras,
que se extravían con engaños. R/.

Tú no quieres sacrificios ni ofrendas,
y, en cambio, me abriste el oído;
no pides sacrificio expiatorio,
entonces yo digo: «Aquí estoy.» R/.

«Como está escrito en mi libro:
para hacer tu voluntad.»
Dios mío, lo quiero,
y llevo tu ley en las entrañas. R/.

He proclamado tu salvación
ante la gran asamblea;
no he cerrado los labios:
Señor, tú lo sabes. R/.

Evangelio del día

Lectura del santo evangelio según san Marcos 1,29-39

En aquel tiempo, al salir Jesús de la sinagoga, fue con Santiago y Juan a casa de Simón y Andrés. La suegra de Simón estaba en cama con fiebre, y se lo dijeron. Jesús se acercó, la cogió de la mano y la levantó. Se le pasó la fiebre y se puso a servirles. Al anochecer, cuando se puso el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados. La población entera se agolpaba a la puerta. Curó a muchos enfermos de diversos males y expulsó muchos demonios; y como los demonios lo conocían, no les permitía hablar. Se levantó de madrugada, se marchó al descampado y allí se puso a orar.

Simón y sus compañeros fueron y, al encontrarlo, le dijeron: «Todo el mundo te busca.»
Él les respondió: «Vámonos a otra parte, a las aldeas cercanas, para predicar también allí; que para eso he salido.»
Así recorrió toda Galilea, predicando en las sinagogas y expulsando los demonios.

Reflexión del Evangelio de hoy

Háblame Señor, que tu siervo escucha

Nuestra vida debe ser como la de Samuel: “Háblame Señor, que tu siervo escucha” Predisposición total a la voluntad de Dios. Porque Dios nos sigue llamando igual que al profeta, nos sigue “necesitando” en medio de este mundo en el que vivimos, como el dueño de la vida a los obreros.

Samuel no sabe quién le llama, su desconcierto es como el que podemos sentir nosotros muchas veces. Nuestro mundo está lleno de ruido y tal vez no seamos capaces de distinguir la voz de Dios en medio de nuestras preocupaciones, de las noticias que nos bombardean a todas horas, de la banalidad relativista en la que se ha sumergido la sociedad. Pero Dios sigue llamándonos en la noche y nosotros debemos estar atentos a su voz y dispuestos a seguir su voluntad. Nuestra misión es esa: ser obreros fieles que trabajan en sus campos, ayudar al dueño para que la cosecha sea abundante.

Nuestro corazón debe ser como el del joven Samuel: abierto y dispuesto siempre para levantarnos y caminar por los senderos de la Palabra.

La verdadera salud viene de Cristo

En el Evangelio de hoy vemos como las gentes buscan a Jesús para que les sane. San Marcos nos hace una descripción detallada de cómo van a casa de Pedro y a partir de ese momento, y tras curar a la suegra del apóstol, serán muchos los que se acerquen a Él buscando la salud. Pero el Evangelista nos señala como también, junto a los enfermos del cuerpo, le acercaban a los enfermos del espíritu (endemoniados). Efectivamente, Cristo es fuente de salud en el más amplio sentido de la palabra: Él, y solo Él, nos restituye el equilibrio espiritual que será la base fundamental de nuestra vida.

Al día siguiente vemos como Cristo madruga para retirarse a orar a un lugar apartado. Son una constante en los Evangelios esos momentos de intimidad de Jesús con el Padre, esa búsqueda de la soledad y el recogimiento para rezar. Hermosa enseñanza que se nos da a través del ejemplo, verdadera llamada a la oración personal que tanto practicaba nuestro Padre Santo Domingo y que para nosotros, junto a la oración comunitaria, deben constituir la base de nuestra vida espiritual. Y realmente es un buen plan de vida: el Señor madruga, ora y continúa el camino de la misión: “Vamos a otra parte, a las aldeas próximas para predicar allí, pues para esto he salido” le dirá a sus discípulos: Ahí tenemos el carisma de nuestras vidas, la razón de ser de nuestro paso por el mundo como Hijos de la Iglesia; apóstoles en mitad del mundo, dispuestos a anunciar la Buena Nueva allá donde estemos, con el ejemplo de nuestra vida cotidiana; con el amor a la familia, a los amigos y a los que no lo son; con el trabajo bien hecho y con las manos abiertas para todo el que nos busque y el que no nos busque.

Hoy Cristo nos habla de la necesidad de la oración, de la necesidad de dejarnos curar por Él, de la obligación de estar siempre en camino. Hoy Cristo, una vez más, nos ha salido al encuentro de la manera más cotidiana y ya dependerá de nosotros el escucharle a corazón abierto a través de nuestra oración personal.



D. Luis Maldonado Fernández de Tejada, OP
Fraternidad Laical de Santo Domingo, de Almagro

Beata Ana de los Ángeles Monteagudo

Ana Monteagudo Ponce de León nació en Arequipa (Perú) en 1602. Fue desde los dieciséis años monja en el monasterio de Santa Catalina de Siena de esta ciudad, donde durante casi setenta años se dedicó a Dios y su pueblo, siendo un verdadero ángel del buen consejo en sus cargos de sacristana, maestra de novicias y priora. Vivió con incansable entusiasmo para la reforma del monasterio, para la caridad con los necesitados, y rezando por las almas del purgatorio. Sus últimos años fueron de penosa enfermedad, soportada con gran serenidad. Murió el 10 de enero de 1686 y su cuerpo se venera en la iglesia del monasterio. Fue beatificada el 2 de febrero de 1985.

Oración colecta

Dios todopoderoso, que en tu bondad otorgaste a la beata Ana de los Ángeles los dones de la contemplación, el espíritu de penitencia y el continuo servicio de amor al prójimo; concédenos, por su intercesión, que, imitando su ejemplo, te adoremos con el sacrificio de alabanza y sepamos conocer con diligencia tu voluntad en los signos de nuestro tiempo. Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios por los siglos de los siglos.

Oración después de la comunión

Señor, tú has querido dejarnos en la beata Ana de los Ángeles un claro testimonio de perfección evangélica; concédenos, por su intercesión, abrazar de corazón, en medio de las vicisitudes de este mundo, las realidades del cielo. Por Jesucristo nuestro Señor